

Pensar al macrismo



Hernán Brienza
Periodista

A sí como uno de los efectos no deseados del imaginario progresista es la visión conspirativa y paranoica del universo, el pensamiento nacional posee como elementos sustentadores de su cosmovisión el agonismo y la agonía. Para estos idearios, que ese magma plural y diverso que se llama kirchnerismo contiene, siempre hay un laboratorio infalible del mal, ese mal siempre está dirigido contra los intereses colectivos, el combate es perpetuo y la Nación siempre está a punto de morir. Todo es urgencia y desesperación y, por lo tanto, la acción es perentoria y todo está justificado si de salvar a la patria y al pueblo se trata. Esas formas de ver y analizar el mundo, muchas veces son acertadas, ya que como solía decir Raymond Chandler, "hasta los paranoicos tienen quienes los persigan", pero, otras, impiden hacer una buena categorización de un fenómeno político emergente. De lo que se trata, entonces es de caracterizar al macrismo. ¿Qué es? ¿Cuáles son sus significancias? ¿Cómo se puede definirlo sin adjetivarlo, sin encerrarlo en las palabras "neoliberalismo", "saqueador", etcétera? ¿Cuán necesario es pensarlo?

El mapa de las elecciones de las PASO de agosto de 2017 resulta muy significativo: CABA, el interior de la provincia de Buenos Aires, sur de Entre Ríos y Santa Fe, y el este y sur de Córdoba están pintados de amarillo, del partido que ganaron las elecciones. El interior, es decir, las demás provincias, se alternan entre el azul del Frente para la Victoria y el celeste de los distintos peronismo provinciales. Algo arroja la geografía, la alianza PRO-UCR ocupa el espacio del modelo agroexportador tradicional en la Argentina. Está, allí, enclavado en el corazón de la Pampa, en sus formas políticas, sus tradiciones, su conservadurismo existencial, sus derivaciones culturales habitadas a la interacción extra portuaria.

Lejos de las definiciones urgentes que censuran al macrismo como la "antipatria", la "antinación", y lo acusan de perfidia, de traición a la patria, de "vendepatrias" a sus integrantes -y no porque en términos estrictamente personales el autos no crea en ellas-, es necesario reconfigurar el GPS del análisis político, histórico y cultural. El macrismo es una Argentina, representa una de las formas más importantes de interpretación de esa "argentinidad" y está allí, persistiendo, desde los deseos imaginarios de Bernardino Rivadavia y las arquitecturas de Bartolomé Mitre. No son exactamente lo mismo, claro, pero anidan en su vientre aquellas viejas construcciones culturales y ensueños de las "clase decente" porteña.

Porque es una forma profunda de argentinidad es que el macrismo estuvo siempre, tiene posibilidades de quedarse y de construir hegemonía. Porque le ofrece a una gran parte de la sociedad una plataforma que la deja cómoda con su visión edulcorada por la educación tradicional, la vieja historia oficial, el esnobismo cultural consumista de lo que debería ser la Nación Argentina. Es decir, los embelesa con la posibilidad de una Argentina blanca, moderna, europea, atemporal y universalista. El macrismo, con su caterva de operadores pseudo intelectuales, intenta ofrecerles a los habitantes de la "pampa gringa" la reconstrucción de aquel país autodenigratorio soñado por Domingo Faustino Sarmiento y el cándido Juan Bautista Alberdi de sus primeros años de producción intelectual.

¿Pero de qué se trata exactamente ese país que el macrismo viene a proponer con su imaginario? Nada mejor que desmenuzar sus ideas troncales para comprender cuán profundas en la cultura argentina están hundidas sus raíces. Porque sólo comprendiendo que Macri le habla a un núcleo duro, al subconsciente enterrado, de ese "sistema cultural" que conocemos como Nación argentina, podremos reflexionar sin neurastenia sobre sus

márgenes de acción y, sobre todo, su, para muchos, inexplicable apoyo masivo.

Jerarquización de la sociedad. El primer elemento que el macrismo tiró al ruedo fue la idea de "meritocracia". Parecía algo novedoso, un concepto que se transformaría rápidamente en una de las columnas medulares de la sociedad modernísima que venía a proponer a los argentinos. Pero no. Lejos de ser una novedad, no es otra cosa que una "remake" de un concepto enclavado en el viejo positivismo decimonónico argentino, gracias al cual las sociedades se componen entre "hombres geniales" y "hombres mediocres", entre liderazgos y multitudes. Las terribles palabras "les hicieron creer que tenían derecho a comprar plasmats, celulares e irse de vacaciones" pintan como pocas cosas el verdadero imaginario de esa Argentina: hay una clase "decente" -que tiene no sólo derecho al plasma y la vacaciones, sino también a gobernar y a poder llevar adelante actos de corrupción y tener sus dineros en paraísos fiscales- y una multitud desposeída que no tiene derecho a nada, ni siquiera a la protesta. En realidad, lo que esa vieja Argentina propone, es el ya conocido y berreta "elitismo" de las clases dominantes vernáculas. "Meritocrática" sería una sociedad con igualdades de oportunidades donde el "mejor", el "más apto" obtiene su merecido. En una sociedad desigual, sólo tienen posibilidad de obtener lo "merecido" aquellos que tuvieron la capacidad de "comprarlo hecho". Tanto el macrismo, como el positivismo del siglo XIX, basados en un darwinismo social más aprendido son pre darwinistas, más oligarquizantes que aristócratas.

Lejos de las ideas madres del liberalismo económico, los pseudos liberales argentinos, "liberistas", como los define Francisco Pestanha, o "liberales reaccionarios", no hicieron otra cosa a lo largo de dos siglos que utilizar conceptos económicos -discutibles o no- sólo en beneficio de sus propios intereses de grupo. El macrismo poco tiene de

liberal ortodoxo: es intervencionista, es proteccionista de los grupos de poder, utiliza al Estado para mantener los privilegios de los monopolios en vez de fomentar la libre competencia, empobrece a los actores medianos y pequeños, lo que genera una menor dinámica económica, emite dinero, genera déficits, endeudamiento externo. Nada más alejado al liberalismo o al neoliberalismo de Robert Nozick o Friedrich Hayek, por citar dos ejemplos básicos. Pero si hay un punto en el que el macrismo se entronca con esa vieja Argentina imaginada por el modelo agro-exportador pampeano es en su avarienta predilección por endeudarse. Desde el empréstito Baring Brothers en la década de 1820, tramitado por Rivadavia, siguiendo por el endeudamiento y default del 90, con Miguel Juárez Celman, el endeudamiento con el FMI durante la autodenominada Revolución Libertadora, la sextuplicación de la deuda durante la última dictadura militar, el festival endeudador del 1 a 1 de Carlos Menem y Fernando De la Rúa, hasta la "joda" financiera de los Lebac y la toma de la deuda con fondos buitres por parte del macrismo hay toda una línea de conducta de saqueo del Estado argentino.

Es obvio que si la visión de la sociedad es jerarquizada, la democracia no puede ser abierta. Así como en el siglo XIX, el Orden Conservador se trató de un sistema con libertades civiles amplias y con derechos políticos clausurados, la célebre descripción de "democracia militar o de línea", como la definió Alberdi en sus escritos póstumos, el macrismo intenta imponer ahora una "Democracia de Orden", donde el espacio público sea reducido al tránsito, las elecciones clausuradas si el resultado no es el conveniente, los medios de comunicación, el ágora posmoderno, monopolizados, y las protestas reprimidas. ¿Por qué no son atendidas las demandas de la población? Sencillo, porque son parte del reclamo de las multitudes, de aquellos que no son "merecedores" de la Argentina elitista.

El último punto que unifica al macrismo con la vieja Argentina es el desprecio social que practican sus integrantes. El gran aporte que Mauricio Macri hace a la tradición racista argentina es la de conceptualizar términos como "choriplaneros", los "mafiosos que no quieren el cambio", el "narcomeudeo", y demás categorizaciones cuasi delictivas que ponen al otro en el lugar de lo aborrecible o lo exterminable. El gran problema de la Argentina es el racismo-social solapado, es decir el problema de la negritud. Para el macrismo, y allí emerge Sarmiento como patrón cultural del desprecio social, la Argentina se divide entre "merecedores" y "negros de mierda". Ser macrista, aunque uno sea pobre, humillado, ofendido, despreciado, incluso "negro de mierda", significa, vaya paradoja, no ser "tan negro de mierda". Sobre este punto opera el andamiaje cultural de apoyo del macrismo, sobre el ancianísimo desprecio social que las "clases decentes" practican contra el mestizo, antes gaucho montonero, luego cabecita negra peronista, y ahora corrupto, choriplanero y narcomeudeo kirchnerista.

No hay que confundirse. El macrismo no es otra cosa que "un servidor de pasado en copa nueva" y esa copa nueva es la utilización de los medios de comunicación y las técnicas de manipulación modernas. Y allí está su solidez y su consistencia. Esas "modernidades" trabajan sobre un ancla arrojada a las profundidades más oscuras de la argentinidad. Es desde esos abismos, que el macrismo hace renacer a una "patria" que nunca se fue, que siempre estuvo allí, que fue y es cruel, pero que ha formado en esas oscuridades a varias generaciones de argentinos a través de la Educación y de los usos y costumbres culturales. Ellos, los que gobiernan, no sólo son una parte de la Nación, tampoco son una de tantas Argentinas. Son, exactamente, los dueños de la Argentina conservadora y reaccionaria que emergieron de las entrañas de la Pampa Húmeda. ◊